

Entrevista a Raúl Fuentes Navarro
Investigador

Cultivador de PREGUNTAS de comunicación

Por Graciela Rodríguez-Milhomens

Raúl Fuentes Navarro tiene treinta años investigando la comunicación. Se ha especializado en estudiar este campo en América Latina, es decir, sus actores, sus relaciones, sus influencias, sus diálogos. Es, también, un ávido estudioso de la enseñanza de la comunicación y un maestro de teoría. Sus alumnos suelen salir de sus clases con más preguntas que respuestas, lo que le gusta particularmente porque para él lo realmente importante no es encontrar las respuestas, sino saber preguntar. Con una conversación rica y compleja, Fuentes Navarro recupera en esta entrevista para *dixit* sus preocupaciones sobre la investigación y la enseñanza de la comunicación latinoamericana. En su oficina de la cálida universidad ITESO de Guadalajara

sostuvimos esta conversación, entre las altísimas torres de escritos y libros de su escritorio.

¿Cómo llegó a la investigación en comunicación? Es una pregunta difícil de responder porque hay casos, como el mío, en los que se va dando una deriva hacia las actividades de investigación, pero no es fácil saber cómo comenzó. Para mí fue un proceso muy largo porque inicié a dar clases a principios de 1978, hace más de treinta años, y digamos que comencé a hacer cuestiones de investigación formal en la primera mitad de los años ochenta. Eso me fue generando la necesidad de saber si lo que hacía se podía llamar investigación o no. La respuesta llegó cuando solicité



la evaluación del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), al cual ingresé recién en el año 96, después de mucho tiempo de estar practicando la investigación, de haber tenido muchas publicaciones, de haber cursado los posgrados y tener el grado de doctor. Cuando me aceptó el SNI creo que llegó la aprobación que faltaba para que asumirme como investigador no fuera solo una cuestión personal o local, sino que tuviera el reconocimiento de afuera.

¿Qué es lo que le apasiona de estudiar la comunicación? Las preguntas. Las preguntas de siempre. Las mismas cuestiones que me hicieron atractiva la carrera de Comunicación cuando nadie

sabía qué era o qué significaba eso. Es la misma necesidad de responder —siempre provisionalmente, y siempre tratando de avanzar un poco más y de articular con las prácticas— qué significa estudiar la comunicación, cómo hacer eso, cómo descubrirlo, cómo hacerlo avanzar, cómo compartirlo, etcétera. Esa es la cuestión central: la curiosidad, la necesidad de saber que sigue vigente, que mantiene una actividad amplia académicamente en muchas de sus dimensiones. La parte más sistemática de trabajar sobre esas preguntas es la investigación, pero también es muy importante el trabajo docente, el trabajo de vinculación, es decir, la múltiple actividad que desarrolla un profesional de la academia.

Fotos gentileza de
Laura Jiménez (ITESO)

¿Cuáles son las ventajas y las desventajas de un investigador latinoamericano? Son ventajas enormes y responsabilidades enormes en comparación con el entorno latinoamericano en general, porque la mayor parte de los espacios latinoamericanos son espacios muy pobres y muy marginales en términos intelectuales y en términos académicos, no por razones intelectuales ni académicas, sino por las estructuras sociales en las que somos y estamos. Aquí, ser académico es un privilegio social enorme, de magnitud que puede asustar. Tener, entonces, la oportunidad y la responsabilidad de dedicarse al cultivo intelectual, a la educación y a la profundización de preguntas, creo que es una característica que nos pone en una situación muy ventajosa respecto de otros contemporáneos. Por otro lado, como académicos comparados con académicos de otras regiones del mundo tenemos muchas desventajas, sobre todo de formación. El entorno cultural en el que tenemos que hacer nuestro trabajo, los recursos disponibles y la oportunidad para profundizar en los saberes como saberes, es bastante menor aquí que en otras regiones del mundo. Lo que en un sentido nos privilegia en términos locales, nos pone en desventaja en términos más globales. La cuestión es cómo asumir esas condiciones en las cuales hay que hacer el trabajo y saber cuáles son las prioridades.

En la investigación en comunicación, ¿hay temas particulares de América Latina? Hay temas, sí, hay preocupaciones culturales y sociales de fondo, que tienen un sentido sociocultural o histórico diferente en los distintos lugares. Hay muy pocos problemas sociales que son universales, muy pocos. Ni siquiera las preocupaciones más extendidas sobre los derechos humanos... no digamos las cuestiones de tecnologías y de medios, que son claramente muy particulares.

Entonces, el trabajo de hacer pertinente localmente, desde distintas localizaciones, los saberes y los recursos ampliamente distribuidos, dan lugar a preguntas, a pertinencias, a criterios y a modos de abordar la investigación que necesariamente tienen que ser diferentes. No radicalmente opuestos, distintos o aislados, pero sí con pertinencias diferenciadas.

¿Cuáles son los temas pertinentes para la comunicación en América Latina? En los años sesenta y setenta hubo consenso en muchos niveles de la importancia que tenía la búsqueda de la integración latinoamericana. Es paradójico porque era una época de alta inestabilidad social, por los regímenes en tantos países de la región, y en la escala internacional había una homogeneidad por ciertas políticas de Estados Unidos. El afán de la integración en muy distintas formas desembocó en una situación muy poco favorable. La integración de los bloques, que se empezó a manifestar en el mundo a principios de los años noventa, dejó muy atrás el proceso de integración latinoamericana. Entonces ahora parece que América Latina está mucho más fragmentada en ese sentido imaginario, político, de autorreconocimiento como región, que en los años setenta, lo que es muy desconcertante. Porque las dimensiones económicas y políticas se han desarrollado en términos que aparentemente podrían ser más favorables para la integración. Y, sin embargo, ahora es mucho más raro escuchar o ver propuestas de integración latinoamericana que parezcan viables. ¿Por qué dejamos de pensar en esa salida? Hay ahí procesos históricos muy complicados, muy dignos de ser estudiados. ¿Qué significa ser latinoamericano? Se podría llegar a explorar una hipótesis muy poco alentadora: la integración latinoamericana se da fuera de América Latina, en las poblaciones de migrantes

Raúl Fuentes Navarro Es mexicano, profesor-investigador del Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO, Universidad Jesuita de Guadalajara, y del Departamento de Estudios de la Comunicación Social de la Universidad de Guadalajara. Forma parte del Sistema Nacional de Investigadores (SNI, Nivel III), de la Comisión Dictaminadora de Ciencias Sociales del SNI, y de la Academia Mexicana de Ciencias.

Se doctoró en Ciencias Sociales por la Universidad de Guadalajara (1996); estudió en el ITESO la maestría (1989) y la licenciatura en Comunicación (1975). Desde 1978 ha sido profesor de Teoría (Sociocultural) de la Comunicación, en programas de licenciatura y posgrado en Comunicación y Ciencias Sociales. Ha impartido cursos para profesores y seminarios de actualización en diez países latinoamericanos y en diversas universidades mexicanas. Ha participado activamente desde hace más de veinticinco años en la organización del campo académico de la comunicación, que es también su principal objeto de investigación.

Algunos de sus libros

La investigación de comunicación en México, sistematización documental 1956-1986 (1988).

La comunidad desapercibida. Investigación e investigadores de la comunicación en México (1991).

Diseño curricular para las escuelas de comunicación (1991).
Un campo cargado de futuro: el estudio de la comunicación en América Latina (1992).

La investigación de la comunicación en México, sistematización documental 1986-1994 (1996).

La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México (1998).

Pensar las ciencias sociales hoy: reflexiones desde la cultura (coord. con Rossana Reguillo, 1999).

Educación y telemática (2000).

Comunicación, utopía y aprendizaje (2001).

Comunicación: campo y objeto de estudio: perspectivas reflexivas latinoamericanas (coord. con Maria Immacolata Vassallo de Lopes, 2001).

La investigación académica de la comunicación en México, sistematización documental 1995-2001 (2003).

Producción, circulación y reproducción académicas en el campo de la comunicación en México (Con Karla Ramírez y Gabriela de la Torre, 2004).

Instituciones y redes académicas para el estudio de la comunicación en América Latina (Con Gustavo Adolfo León, Ángela Ma. Godoy y Oscar Bustamante, 2006).

La comunicación desde una perspectiva sociocultural. Acercamientos y provocaciones 1997-2007 (2008).

latinoamericanos, que son millones, en otras regiones del mundo. Ahí probablemente haya fenómenos de integración o de identidad latinoamericana mucho más claros, intensos e importantes que en el territorio de América Latina. No me atrevería a afirmarlo, habría que estudiarlo, pero es un tema. Este continente ya no es receptor de migrantes, sino expulsor de migrantes. Por el lado macro estructural hay menos referentes de identidad, de cooperación y de integración latinoamericana, y, sin embargo hay otro tipo de fenómenos nuevos. América Latina es una realidad demasiado grande y demasiado compleja como para que se deje simplificar. Habría que estudiar estos asuntos.

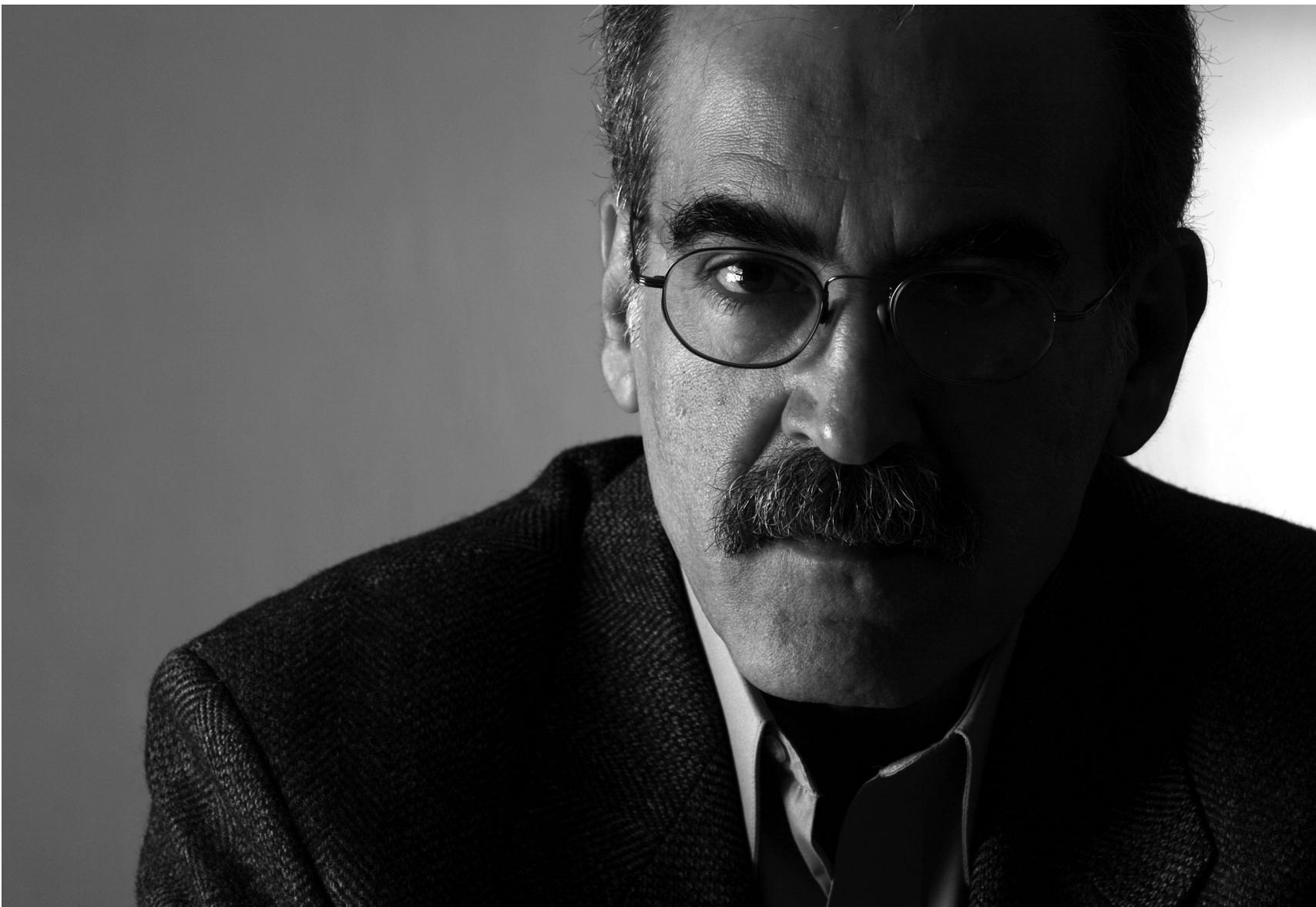
¿Qué cree que aportan usted y otros investigadores latinoamericanos a la comprensión de la comunicación? Hay una influencia cada vez mayor –aunque sea pequeña todavía– del trabajo latinoamericano de los años sesenta, setenta y ochenta, que se ha ido hacien-

do parte del patrimonio internacional de los estudios de comunicación. El trabajo pionero de Paulo Freire, Luis Ramiro Beltrán, Antonio Pascual o Armand Mattelart (cuando actuaba desde América Latina), es decir, el trabajo de constitución de una manera múltiple de pensar los problemas de comunicación de América Latina, se ha ido incorporando al pensamiento más internacional o universal. En un sentido, es muy alentador que nuestros referentes vayan siendo, poco a poco, referentes en inglés, en francés o en otros idiomas y ámbitos. Pero es un proceso demasiado lento. Y lo que sirve como referente del trabajo en comunicación en América Latina ahora es más reconocido y pertinente fuera que dentro de América Latina, lo cual es muy paradójico también. Del trabajo más reciente, no me parece que sea tan claro el aporte en términos internacionales. En este momento no sé qué aporta la investigación latinoamericana. Es más claro lo que se hizo hace veinte años que lo que se hace ahora.

¿Qué le gustaría que aportaran los estudios desde este continente? Yo quisiera que aportáramos una serie de preguntas que son muy vivas en la academia latinoamericana en comunicación y más allá, y que no están tan vivas en otras regiones del mundo. Creo que sería muy importante tener un lugar reconocible en la comunidad académica internacional. Pongo el ejemplo concreto del objeto central de mi trabajo de investigación: la estructuración del campo académico de la comunicación. En otras regiones del mundo, ese objeto ha sido trabajado muy productivamente, con referentes y con circunstancias distintas. No solo en Estados Unidos, Francia o Alemania (como siempre se ha hecho), sino en regiones que en otras épocas estaban relativamente marginadas y que se han ido integrando al debate y a una discusión realmente internacional. Regiones que tienen una tradición mucho más corta que la latinoamericana están en estos debates, que tienen que ver con la epistemología, la teoría, la fragmentación del campo, las articulaciones entre políticas de comunicación, la investigación y todos los temas centrales de nuestro trabajo profesional.

¿Y los latinoamericanos no están? No, desde Latinoamérica estamos ausentes, estamos fuera de esos debates. Eso nos ha puesto, a varios colegas y a mí, a buscar algunos espacios que existen y que siguen abiertos, porque hay interés en otras regiones por saber qué pasa en América Latina, particularmente en España y en Estados Unidos. Últimamente he estado en esta búsqueda de una acción más concertada, más colectiva, he tratado de privilegiar algunos foros de discusión que tengan esa posibilidad de internacionalización. Lo importante no son los temas, sino los debates en los que hay que participar; lo importante es estar en los debates que son pertinentes.

Otro de sus intereses muy fuertes es la enseñanza de la comunicación. ¿Ha cambiado ésta a través del tiempo? Me parece muy importante la discusión epistemológica que en términos simples surge de la pregunta: ¿de qué estamos hablando cuando decimos “comunicación”? Por ejemplo, ¿cuántas cosas puede significar “comunicación” en referencia a internet? Porque, con respecto a la televisión, ya la gama era grandecita. Pero con internet, cuántas cosas se han hecho visibles, se han extendido y se han hecho patrón. Es muy preocupante que seamos incapaces de reconocer la comunicación y sigamos nada más preocupados por algunas manifestaciones con los medios; es muy preocupante que no somos capaces de ver la comunicación en sus manifestaciones más amplias. Por ejemplo, con respecto a los planes de estudio de las licenciaturas en comunicación, hay cada vez menos atención a la formación de la estructura de reconocimiento de la comunicación, no de teoría, sino de reconocimiento de la comunicación (para lo cual la teoría puede servir, entre otras muchas cosas). ¿Cómo van a ser profesionales de algo que no saben ver, que no pueden reconocer, que manejan en términos muy estereotipados? Otro ejemplo de este problema es esa creencia de que hay que especializar, pero en realidad el repertorio de especializaciones no llega ni a diez, cuando debería ser de... ¡dos mil! Se descuida la formación general por la especialización, pero es una especialización minúscula. En donde sea, está completamente desfasada. Sin necesidad de mucho aparato se pueden reconocer ciento cincuenta –para no decir mil quinientos o quince mil– figuras profesionales de comunicación especializadas, actuando y vivas. Pero en las escuelas no se ven. No corresponden con las discusiones ni las negociaciones ni las comprensiones. Y menos aún en posgrados.



Entonces hay mucho trabajo que hacer ahí. Hacen falta más bocas para discutir esas cosas.

Cuando las carreras de comunicación iniciaron, particularmente en América Latina, había una cierta utopía de profesionales de la comunicación que transformarían la realidad en algún sentido. ¿Cuáles cree que son las utopías que tienen hoy las facultades de comunicación? Un matiz previo. El sentido de utopía que yo he usado es el de algo que no existe pero que debería de existir y, por eso, nos ponemos a trabajar para que exista. No es que no haya tal lugar, no es una ilusión, sino que es un referente de futuro alcanzable si se invierten los recursos necesarios.

Plantear proyectos y trabajar colectivamente, en compartirlos y en avanzar para hacerlos reales, es una modalidad de pensamiento muy propia de los años setenta. Pero es un tipo de actitud de construcción de futuro que ya pasó y que no corresponde al estado del mundo a partir de los años ochenta. Entonces, es muy difícil reconocer utopías, entendidas como propuestas, proyectos, realidad social que no existe y que debería de existir y por lo tanto habría que trabajar para que existiera. No digo que no haya, digo que es difícil reconocerlas. Además, están muy lejos de los marcos de posibilidad de la mayor parte de las instituciones universitarias, que han tenido que ajustarse mucho a principios de realidad que eran ideológicamente

incompatibles en los años setenta, y ahora no son. Incluso muchas de las políticas que se han impulsado en todas partes desde hace décadas tienen que ver con diluir las contradicciones y más bien buscar vías de articulación y negociación o, que es lo mismo, de comunicación. Entonces la comunicación se nos revirtió.

¿Cómo es eso? En términos educativos, de educación universitaria, de formación profesional, ciudadana o científica y académica, el escenario es muy diferente al del inicio de las carreras de comunicación. Las políticas otorgan menos recursos, sobre todo tiempo, para realizar procesos que deberían ser educativos y que terminan siendo más superficiales, más inmediatos, aparentemente más satisfactorios para las necesidades más directas de los sujetos (no solo de los estudiantes, sino también de los profesores, de los administradores, de los políticos, de los padres), y que hace diferente el tipo de relación que hay que mediar comunicacionalmente sobre la comunicación. Aquella fórmula de que no hay manera de enseñar o aprender algo sobre la comunicación más que a través de la comunicación, esconde procesos más complejos, más contradictorios y más paradójicos que cuando bastaba con pensar en la comunicación como intercambio de mensajes. No digo que no haya cada vez mejores recursos para hacer esas tareas, porque sí los hay, pero el horizonte en el que se hace, dificulta mucho pensar sobre el futuro. Tenemos grandes industrias y grandes aparatos globales pensando nuestro futuro. Basta con que lo compremos y es cada vez más barato. Entonces, no es necesario, aparentemente, invertir ningún esfuerzo en pensar el futuro (aunque quizá un poco de dinero y un poco de habilidad digital). Cuando veo a veces hasta participo en discusiones que plantean —en

términos de hace diez años— que el libro ha desaparecido y ahora el mundo audiovisual es lo que vale, no creo que sea tan simplista el asunto. No creo que los viejos vayamos a seguir leyendo libros hasta que nos quedemos ciegos o nos muramos y que los jóvenes vayan a seguir desarrollando lenguajes audiovisuales. No es cierto. No puede ser. No es razonable ni es aceptable como explicación la hipótesis del *Homo videns*, ni ese tipo de discursos que parecen demasiado cercanos al sentido común como para que algunos estemos conformes con ellos. En las épocas en que yo me formé, teníamos la posibilidad de pensar el futuro como algo por lo que vale la pena ponerse a trabajar colectivamente. Eso no parece tener tanto sentido ahora como lo tenía entonces. No digo que no lo tenga, digo que es muy difícil percibirlo. ¿En qué sentido se puede reconocer el sentido de futuro en los proyectos que surgen? Tampoco es que haya sucedido una catástrofe. Es que la evolución propia del campo de la comunicación ha llevado a otras vías que no veíamos. No teníamos por qué preverlas hace treinta años, pero ahora tenemos la obligación de reconocerlas. Nuestro objeto de estudio se nos revirtió.

¿Qué legado le gustaría dejar en el campo de la comunicación? Algunos cultivadores de preguntas. Personas bien inoculadas del virus de las preguntas. Es decir, no solo quien haga preguntas, sino que esté dispuesto a trabajar, mucho más de sus turnos laborales, en el sentido de compartir por qué es necesario hacer esas preguntas. No cuál es la respuesta, sino por qué tiene sentido seguir cultivando las preguntas. Eso me gustaría dejar. No puedes enseñar a nadie a hacer eso. Puedes, en todo caso y bajo ciertas circunstancias, contagiar a alguien. No transmitirlo sino contagiarlo. Eso me encantaría. ■■